



Del nominal “latino” para la otra América. Notas sobre el nacimiento y el sentido del nombre “América Latina” en torno a los años 1850

VICENTE ROMERO

Universidad de París 8
Historiador

Resumen

Este trabajo analiza, en el contexto de los años 1850, la “angustia del gentilicio” (Rojas Mix) existente en la parte que llamamos temerosa de la intelligentsia criolla hispanoamericana. Entonces, dos corrientes pan-latinistas francesas (la del Estado bonapartista y la social-católica de Lamennais) vuelcan su perspectiva hacia la América Ibérica, alentando la afinidad histórica o espiritual, para servir o ser el contrapeso del expansionismo capitalista anglosajón. Bajo el influjo de Lamennais, Bilbao cumplirá un rol funcional al usar por primera vez el nominal “latino” para designar a la Otra América pero sin persistir posteriormente. Torres Caicedo en cambio perseverará en su empleo, debido a su pensamiento católico conservador y a sus lazos con el pan-latinismo del Segundo Imperio francés especialmente. A contracorriente del optimismo de algunos historicistas latinoamericanos, este trabajo muestra que en términos demográficos, y por lo menos para mediados del siglo XIX, el nominal “latino” era inapropiado para referirse a la mayoría de la población de la Otra América.

Palabras clave: Expansionismo estadounidense - Revolución de 1848 - pan-latinismo - Lamennais - Francisco Bilbao - Torres Caicedo - génesis del nominal “latino” para la Otra América.

Abstract

This work analyses, in the context of the 1850s, the “angst to give the name” (Rojas Mix) of the fearful part of the Hispano-American *criolla* intelligentsia. In that moment, two French pan-Latinist streams (the Bonapartist State and the social-catholic of Lamennais) rushed their prospects towards Ibero-America, encouraging her historical or spiritual affinity to serve or to be the balance to the capitalist Anglo-Saxon expansionism. Under the influence of Lamennais, Bilbao plays a functional role at using the nominal “Latin” for the first time to design the Other America but without persistence later. Instead, Torres Caicedo perseveres in its use because his catholic-conservative thinking and his ties with the pan-Latinism of the Second French Empire specially. This work proof, against some Latin-American optimist historicist, that in social-demographic terms, and at less towards the middle of the XIX century, the nominal “Latin” was not appropriate to refers to the majority of the population in the Other America.

Key words: United-States expansionism - Revolution of 1848 - pan-Latinism - Lamennais - Francisco Bilbao - Torres Caicedo - 1856: genesis of the nominal “Latin” for the Other America.

Del nominal “latino” para la otra América. Notas sobre el nacimiento y el sentido del nombre “América Latina” en torno a los años 1850¹

VICENTE ROMERO

¹ “Du nominal ‘latin’ pour l’ Autre Amérique. Notes sur le naissance et le sens du nom ‘L’Amérique latine’ autour des années 1850”, fue originalmente publicado en *Histoire et sociétés de l’Amérique latine*, n° 7, premier semestre, 1998, pp. 57-86. La traducción pertenece a Alejandro Madrid Zan y fue publicada con anterioridad en *Archivos de Filosofía*, n° 4-5, pp. 57-86.

Según los textos del uruguayo Arturo Ardao (*Génesis de la idea y el nombre de América*, 1980) y del chileno Miguel Rojas Mix (*Los cien nombres de América*, 1991), hoy se encuentra probado que la expresión “América latina” fue utilizada por primera vez en París en 1856 por el chileno Francisco Bilbao y el colombiano José María Torres Caicedo y no, como pretendía el mito, al comienzo de los años 1860, por propagandistas del Segundo Imperio francés.

Sin embargo, volveremos sobre este problema a fin de:

² De la lengua *cuna*, esta expresión proviene de un mito de la etnia del mismo nombre que habita entre el istmo de Panamá y Colombia, cerca del Golfo de Darien y en las islas de San Blas. "Abya-Yala" es la tierra del "árbol que florece cada cien años" y que florecerá cuando el castigo divino sea inminente. Para huir de ese castigo –el diluvio (*Mu Osis*)– los sobrevivientes deberán llegar a esa tierra de *Abya-Yala*, conocida también bajo los nombres de "Aluka Tiwar", "Olokiki Tiwar" o "Saigna Tiwar" (véase PAB IGALA: *Historias de la tradición cuna*, recopiladas por Mac Chapin, Quito, Abya-Yala – MLAL, 1989, pp. 102-107). En el pequeño *Vocabulario Castellano-Cuna. Panamá, 1882-1884*, de A. Pinart (París, Ernest Leroux, 1890), encontramos que "Yalá" significa *loma* y "Ti" *agua, río*. "Abya", según el etnolingüista Carlo Severi, *nuestra, es de nosotros*. Así, "Abya" no puede más que ser asociada y/o ser sustituto de "Ti" –agua. Es muy posible que los habitantes de América Central de antes de la conquista ibérica hayan visto los dos inmensos mares entre los cuales se encontraba su territorio. La riqueza de los caciques de la región, incluidos aquellos que guiaron a Vasco Núñez de Balboa hacia el ("descubrimiento" del) Mar del Sur, debe haberse originado en su función de intermediarios entre ambos lados del istmo. (Para tener una idea de su importancia, véase la crónica de Francisco López de Gómara, *Historia General de las Indias*, Madrid, Atlas – Biblioteca de Autores

- Relativizar el hecho de que son dos americanos quienes la han puesto en circulación, subrayando el rol del abate Félicité de Lamennais en el origen y el sentido de la expresión;
- Diferenciar la actitud de Bilbao de la de Torres Caicedo en la utilización de esa expresión (utilización que correría el riesgo de favorecer a nivel ideológico el expansionismo francés en lugar del expansionismo norteamericano, así como una vuelta atrás teórica y política en una parte de la América hispánica) en el momento mismo en que Francia preparaba tanto su proyecto monarquista como la intervención en México;
- Comprobar, finalmente, si dicha expresión es sociológicamente válida, en el contexto de los años 1850, para designar la América situada al sur del Río Grande.

Nombre, "Identidad" cultural y contenidos

En una sociedad o en un grupo humano el hecho de nombrar corresponde, en todas las culturas, a la necesidad de transmitir, a través de un código común, la identidad de un ser o de un fenómeno particular. Así, el solo hecho de saber que su territorio se encontraba entre dos mares había permitido a los autóctonos de Panamá designar la continentalidad de su territorio con el nombre de "Abya-Yala".² Con la expansión y la

Españoles, 1946, pp. 191-196). Es a partir de esta hipótesis que nosotros hacemos una extrapolación del término *Abya-Yala*. Por otra parte, ese término ha sido reutilizado desde hace 10 años por algunos movimientos indigenistas y etnólogos como sinónimo del nombre "América".

conquista europeas y por el concurso de las circunstancias, será el nombre del navegante Amerigo Vespucci, el primer europeo en enterarse de esta característica, el que se escoge para nombrar ese continente, "América".³

Ahora bien, aparte del hecho de que entre estos dos nombres, relativamente apropiados, hay uno que se impone a veces sobre el otro, sucede que, por simple vulgarización, el nombre común de una especie o conjunto termina siendo empleado sobre todo para designar a una familia o un grupo particular de esa especie o conjunto. Es lo que ocurre precisamente con el nombre de nuestro continente. En el curso de los dos últimos siglos, la unidad y la potencia de la federación septentrional, contrastando con la diversidad y la debilidad crónicas de las repúblicas del sur (a lo que ha contribuido el espejismo de la cristalización del mito de "El Dorado" en la federación del norte), ha permitido que el nombre europeo del continente sea frecuentemente empleado para designar a los Estados Unidos y sus habitantes.

Con la expansión de la civilización capitalista y el fin casi definitivo de las guerras intestinas en el Sur, hacia la mitad del siglo XIX surge en los intelectuales criollos hispano-americanos "la angustia del *gentilicio*", como la llama Rojas Mix. Y esto particularmente por razones prácticas, antes que nada porque en el extranjero los intelectuales y los periodistas deben encontrar un adjetivo que les permita designar fácilmente (si no correctamente) ese segundo conjunto. En ese caso, se emplea el adjetivo como sustantivo y, de hecho, se convierte en el eje del nombre en la medida en que es el adjetivo lo que permite identificar al sujeto.

En este siglo, y acompañado por la masacre europea de las dos guerras que ha servido como una invitación a la huida⁴, esas élites criollas ibero-americanas, sin dejar de lado la cuestión del *gentilicio*, se han centrado más bien en elaborar un discurso sobre la identidad cultural⁵ de su América. Ese discurso interminable después de la

³ Una reciente edición francesa de los textos fundadores de ese nombre en *La fortune d'un nom: América. Le baptême du Nouveau Monde a Saint-Die-des-Vosges*, Grenoble, Jerome Million, 1991. Véase, especialmente, p. 161 y sig.

⁴ Véase en ese sentido nuestra tesis *Le latino-américanisme a la lumière de Déclin de l'Occident*. 1919-1939. Universidad de Paris VII, París, 1995, 621 p.

⁵ Como muestran algunos textos de Gilberto Freyre, Sergio Buarque y Fernando Cardoso, la élite luso-americana se sumó, de manera más bien positivista, a la corriente del discurso sobre la identidad.

⁶ Arturo Ardao, en su *Génesis de la idea y del nombre de América*, sigue más bien la vía histórica. Analiza el momento europeo y americano en el que nace el concepto de América latina (o Latina con una "L"). El mismo Ardao ha subrayado, justamente, el rol ideológico que asume el san-simoniano Michel Chevalier en la difusión de un punto de vista "geopolítico" latino para el conjunto del planeta y para las relaciones o confrontaciones entre sajones y latinos en América en particular. En cuanto al concepto de América Latina, Ardao sigue más bien la pista de Torres Caicedo.

En cuanto a Miguel Rojas Mix, en *Cien nombres de América*, que en realidad está también consagrado al problema del nacimiento del nombre "América Latina" —es de alguna manera su conclusión, parcialmente escéptica—, estudia de manera especulativa los nombres conferidos a ese espacio en relación a la eclosión de una eventual identidad social y cultural particular. En cuanto al concepto de América Latina, Rojas Mix indica la anticipación de algunos meses así como la primacía de Francisco Bilbao en el empleo de esta expresión.

Queremos retomar aquí en parte la investigación de Ardao y analizar el nacimiento de dicho concepto. Sin caer en la trampa de quien empleó por primera vez el término "América Latina", preferimos ver en qué contexto y bajo qué influencias el término —antes de devenir concepto— ha sido formulado.

segunda guerra mundial es representado, si se quiere sintetizar, por la obra del mexicano Leopoldo Zea, discípulo de hecho del relativismo vitalista de Ortega y Gasset. Debido a su exagerada amplitud, el análisis crítico y a distancia de ese discurso merece una atención muy especial. Conocemos el libro *Crítica de la razón latinoamericana* (1997), que nos parece un buen punto de partida para conducir este análisis a partir de los elementos de la filosofía occidental contemporánea. Esperamos, a la vez, que esta crítica se realice considerando también elementos de la filosofía de las sociedades amerindias. Por nuestra parte, a partir de la historia, es decir, tomando en cuenta los contextos sociales, vamos a verificar ciertos a priori propios de esos discursos. En este caso preciso, la atenta consideración del contexto es quizás la mejor manera de identificar quién es el autor de ese nombre "América latina", ver si ese nombre es apropiado para el sujeto/objeto que se quería nombrar o si no falseaba más bien su percepción.

Los trabajos de Arturo Ardao y Miguel Rojas Mix sobre el nombre y el origen del nombre de su América forman parte de los escritos sobre la identidad cultural de la América ibérica (ibérica porque tradiciones culturales provenientes de la península son aún hegemónicas en esta parte del continente). En efecto, más allá de los matices⁶, estos dos autores parten de un *a priori* según el cual el nombre propio "América latina" se justifica en cuanto sería el fruto de una "conciencia" latinoamericana que se habría despertado gracias a la antítesis sajón/latino. Ambos comparten la opinión de que el empleo de la categoría "latina" para designar esta parte de América situada al sur del Río Grande proviene de la "conciencia latinoamericana", haciendo de esta categoría el pilar "cultural" de una autoidentificación.⁷ Pilar que, definiendo una "identidad

⁷ *Génesis de la idea y el nombre de América*, Caracas, C. E. Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1980. Cfr. pp. 9 y 21-23.

antiimperialista y anticolonialista” tendrá, agrega Rojas Mix, un alcance paradigmático, ya que será retomado por la izquierda latinoamericana en el transcurso del siglo XX.⁸ Bajo la influencia del historicismo y del relativismo cultural europeo, esos autores creen descubrir en ese razonamiento utilitario y funcional el nacimiento de una conciencia y de un pensamiento propio.⁹ Finalmente, las perspectivas se cruzan cuando Leopoldo Zea comparte con Ardao y Rojas cierta satisfacción y orgullo en el hecho que su América se habría “autocalificado” de latina.¹⁰

Frente a esta perspectiva, que nosotros consideramos demasiado optimista, pues ella afirma la existencia de una identidad y de una “conciencia” latinoamericanas, nos situamos como franco tiradores escépticos: si “el hábito no hace al monje”, tampoco el nombre hace a la cosa. Consideremos y construyamos antes que nada las cosas, ya que el nombre vendrá por el peso de la cosa misma. No queremos agregar un nuevo nominal, sino más bien hacer de manera que las realidades emerjan más allá de los nombres o sustantivos –que no son tales cuando no corresponden (o ya no corresponden) con los seres que poseen (o han terminado por tener) otra naturaleza, una naturaleza más compleja y que es más difícil nombrar.

Algunos podrían creer que nuestra aproximación crítica al nombre de “América Latina” se suma al impulso revisionista que la Real Academia Española ha estimulado, aprovechando las festividades del Quinto Centenario del comienzo de la conquista y de la explotación del “nuevo” continente (por parte de Europa). La Academia aconsejaba entonces a los poderes públicos españoles la reutilización de las expresiones “Hispanoamérica”, “Iberoamérica” y el abandono de las expresiones “exógenas” (ajenas) y equívocas de “Latinoamérica” y “latinoamericano”. La actitud de esos académicos provocó, entre otras cosas, una réplica y una puesta a punto del hispanista francés Paul Estrade.¹¹ Si esbozamos aquí una crítica histórica del nacimiento del concepto “América

⁸ *Los cien nombres de América*, Barcelona, Lumen, 1991, p. 346.

⁹ “Por gracia de sus tesis capitales, el historicismo actúa, de hecho, como invocador de la personalidad filosófica de América”, escribía Ardao en 1946 (citado por Zea, *¿Porqué América Latina?*, México, UNAM, 1988, p. 24. Véase también el “apéndice” de Ardao a *Nuestra América Latina*, Montevideo, Banda Oriental, 1986). “No se trata de dar la espalda al pensamiento llamado universal. Todo es cuestión de preposiciones. Debemos servirnos de, pero no servir a... La ‘inteligencia americana’ a que aludía Borges, es ver con ojos propios, no sólo lo nuestro, sino también lo impropio...”, escribe Rojas Mix, op. cit., p. 384.

¹⁰ Zea, *¿Porqué América Latina?*, ibid, p. 7; Ardao, *Génesis*, p. 66-67; Rojas, op. cit., p. 17.

¹¹ “Observaciones a don Manuel Alvar y demás académicos sobre el uso legítimo del concepto ‘América Latina’”, en *RABIDA*, Huelva, nº 13, 1994, pp. 79-82.

latina", no es para regresar hasta un cierto lazo de dependencia cultural, sino más bien para prolongar la perspectiva de Martí y Mariátegui: cambiar las percepciones subrayando los contenidos locales –“su propia Grecia”– y nuevos, incluso bajo viejos nombres; construir identidades siempre con perspectivas universales, incluso aquellas de origen europeo. Que el agua corra bajo el puente (el nombre), incluso a torrentes.

La Francia bonapartista y el problema del panlatinismo.¹²

Para comprender las implicancias reales que podía encubrir hacia 1850 el empleo del concepto de latinidad conviene tener una idea clara del contexto francés y europeo, así como de los cambios políticos y geopolíticos que se produjeron en Europa en el transcurso de las dos décadas posteriores a los movimientos revolucionarios de 1848.

La esperanza republicana y revolucionaria engendrada por el triunfo de la República en París en febrero de 1848 se vio poco a poco debilitada con la consolidación del poder autoritario de Luis Napoleón Bonaparte, hasta ser completamente aplastada por el golpe de Estado del 2 de diciembre 1851. Frente al problema romano, la Francia de Napoleón III se mostrará como el mejor defensor de los intereses católicos¹³ a través de su intervención a favor del papa Pío IX, incluso si, por respeto de los tratados de Viena, cierra los ojos, como el Vaticano, ante la dominación zarista y prusiana sobre la católica Polonia. Su participación en el conflicto entre Turquía y el Imperio ruso –la guerra de Crimea (1853-1856)– le permite consolidar su alianza con Inglaterra, Alianza que no había sido puesta en cuestión por su expedición romana.

Como señala Pierre Renouvin¹⁴, la política extranjera de Francia en esta época tenía como hilo conductor, por lo menos hasta 1869, la lenta puesta en cuestión del

¹² En esta sección nos han sido muy útiles tanto la bibliografía de William E. Echard, *Foreign Policy of the French Second Empire. A Bibliography*, Connecticut, Greenwood Press, 1988, como los libros de Pierre Renouvin y Käthe Panick, citados más adelante.

¹³ Véase por ejemplo el diario *El correo de ultramar* ("Periódico universal, edición de La Habana", en español), París, entre 1849 y 1853.

¹⁴ *Histoire des relations internationales*, Paris, Hachette, 1994, vol. 2, pp. 546-547.

tratado de Viena de 1815, que lleva a cabo a través de su política de protección de las nacionalidades, al mismo tiempo que conserva buenas relaciones y actúa concertadamente con Inglaterra. En el contexto italiano, pone en cuestión la hegemonía austríaca sobre la península –lo que coincide plenamente con la larga lucha de los patriotas italianos– pero la Francia del Segundo Imperio no obtiene los efectos que esperaba: en lugar de una federación de Estados relativamente débil en la que el Vaticano tendría un lugar, nace un Estado unitario, a medio camino entre lo deseado por Mazzini y el proyecto de Cavour. Sin embargo, la intención conservadora del Segundo Imperio se consolida claramente.

Más que a través de una política panlatina, se puede decir que la Francia bonapartista asume una perspectiva católica y monárquica ante los problemas europeos, diferente, por cierto, de aquella de la germánica Austria. Se trata de una perspectiva mediterránea, que no pretende romper de un solo golpe el orden establecido, y aún menos en la forma republicana (de ahí la desconfianza frente a Mazzini y Garibaldi, a diferencia del sostén, más evidente, que otorga a Cavour y al reino del Piamonte), sino a darle, poco a poco, otra forma, jugando en parte con las resistencias y las rebeliones que estallan contra la dominación austríaca en la península italiana y en los Balcanes. Esta perspectiva mediterránea, después de la victoria en la guerra de Crimea, tiene claramente, por una parte, una proyección asiática, con la construcción del canal de Suez, y por otra parte, cuando se vislumbra una situación de *statu quo* durable del problema italiano, una proyección americana con la intervención en México en 1862. Pero esa proyección americana no tendrá jamás y no podrá tener el efecto económico revolucionario del Canal de Suez. Käthe Panick¹⁵ precisa que incluso durante la intervención en México el pan latinismo francés “[no es] lo dominante, sino un elemento más” de su política extranjera apuntando a justificar sus objetivos, antes que nada monetaristas y financieros.¹⁶

¹⁵ *La Race latine. Politischer Romanismus im Frankreich des 19. Jahrhunderts.* Bonn, Ludwig Röhrscheid, 1978, p. 207.

¹⁶ La plata de las minas mexicanas era el botín principal que llegaba a las cajas del Banco de Francia. Por otra parte, los intelectuales franceses fueron a México para estudiar y descubrir, no su latinidad, sino el país y sus civilizaciones autóctonas –tanto antiguas como contemporáneas.

La orientación euro mediterránea y conservadora de Francia se confirma en la política que sostiene frente a España, con la que favorece, entre 1854 y 1856, la ascensión de O'Donnell para poner fin al ciclo de tímidas reformas liberales.

Entonces ¿dónde y cuándo encontrar el contexto para un discurso panlatino, desarrollado por el Segundo Imperio francés y destinado a la América ibérica?

Las condiciones favorables para una política hacia el conjunto de esta América emergerán como frutos de la evolución anti republicana de Louis Napoleón y de la complicidad de intereses entre Francia e Inglaterra en el mundo en general y en América en particular: por su común desconfianza frente al expansionismo de los Estados Unidos (anexión de territorios mexicanos e indígenas, presencia sobre la costa del Pacífico, descubrimiento del oro en California, tentativa de invasión de Cuba) y su alianza en la cuenca de La Plata. Esos elementos de anti republicanismo y de desconfianza frente a los Estados Unidos van a permitir al Quai d'Orsay ver más allá de las repúblicas hispanoamericanas –como era el caso durante la Monarquía de Julio– y tomar en consideración ahora y de manera positiva, al Brasil imperial en su perspectiva continental. A partir de allí, la categoría "latina" puede cobrar sentido para esta América ya que se percibe el conjunto "ibérico". Cobra sentido en la perspectiva "racial dinástica" de la Francia bonapartista. Esta perspectiva hace que se sienta la necesidad de elaborar un nuevo lenguaje diplomático y un discurso para ese conjunto: se trata, de ahora en adelante, de hablar de su unidad y de sus lazos con la "latinidad".

La evolución de la *Revista de razas latinas* (1857-1861) muestra la característica y el ritmo de ese discurso panlatino. En efecto, creada por el agente y propagandista del Segundo Imperio Gabriel Hugelmann, la revista se llamaba en un primer momento *Revista española y portuguesa* y servía de tribuna a la política francesa respecto a la península ibérica. Hasta ese momento, su perspectiva latina se reducía a un euro-latinismo.

Sólo al final del primer volumen, a comienzos de abril de 1857, su enfoque "latino" se extiende hacia América. Es aún la revista española y portuguesa de Hugelmann la que nos muestra allí el tono y cariz que asume la panlatinidad de Francia a propósito de la Otra América:

Mucho podrán elogiar a la raza anglosajona, nosotros sostendremos y probaremos que la raza latina es superior y que a las antiguas colonias españolas y portuguesas, hoy independientes, les espera un destino más brillante que el de los Estados Unidos.

Eso puede parecer una paradoja hoy en día. En diez años, se comenzará a advertir que podríamos perfectamente haber tenido razón. La raza anglosajona, si nos permitimos una expresión vulgar, es una raza que juega los descuentos. Londres y Nueva York palidecen ya ante París y Río de Janeiro. A la raza anglosajona le hace falta... el fin religioso.¹⁷

En realidad, esos "destinos más brillantes" de la "raza latina", que la revista promete "probar", se encuentran ya relacionados, diez años más tarde, con los proyectos anti-republicanos que preparan París, Madrid, Viena, Roma y Londres para México. Con el propósito de aprovechar los conflictos internos de los Estados Unidos, consejeros y agentes de Napoleón III trabajan, incluso, en la constitución de una alianza defensiva que toleraría la esclavitud y se apoyaría en tres pilares: la Confederación del sur de los Estados Unidos, un México monárquico¹⁸ y el Brasil. En ese sentido, por el contexto de sus años de su gestación y en un plano teórico y político, hablar de la "latinidad" de una parte de América representa por entonces un retroceso: para Napoleón III y sus consejeros la República es, tanto en Europa como en América, algo despreciable que en lo posible debe desaparecer.¹⁹ De ahí, desde su origen, la "latinidad" de esta Otra América, insuflada por la Francia imperial, a pesar de su lirismo, porta en su seno una carga negativa, esterilizante. Retomando una categoría estimada por Hegel, pero confiriéndole

¹⁷ Véase *Revue espagnole et portugaise*, París, Primer volumen, 1857, pp. 687-688. El texto, firmado por L. Ramus, nos hace pensar que ese nombre no es más que un seudónimo de Hugelmann.

¹⁸ Así lo dejan suponer, entre otros, ciertos pasajes, más bien racistas, del texto de Michel Chevalier (consejero de Napoleón III) *La expedición de México* (1862, pp. 47-48 y 86-87) y los *Informes diplomáticos* de la embajada francesa en México (véase nota 21).

¹⁹ Alberto Filippi recuerda que la ideología de la latinidad ha estado ligada desde entonces a la promoción del cesarismo como forma política de un poder "superior" al sistema liberal y republicano. Cfr. "Las metamorfosis americanas de la latinidad (ideologías e historiografías sobre nuestra América)", en *La latinidad y su sentido en América Latina. Simposio*. México, UNAM, 1986, pp. 310-315.

su verdadero sentido, la "latinidad" de América nació, en cuanto negativa y retrógrada, con una carga ahistórica.

El problema de las relaciones entre individuos/ciudadanos, poder y civilización en Europa.²⁰

Para comprender mejor el alcance negativo del concepto de "latinidad" en la época, conviene pasar revista a algunas tendencias ideológicas de ese momento en Europa, y en especial tres marcos o tendencias que, de una manera u otra, sirven de referencia conceptual, de atmósfera ideológica a nuestros "latino"-americanos residentes en París entre los años 1848 a 1856. Esas tres tendencias pueden ser presentadas, esquemáticamente, de la manera siguiente:

a) La primera, más empírica que teórica, se encuentra relacionada, desde 1849, con el poder y la diplomacia francesa. Ésta va a abrir el camino y proporcionar cierta cohesión a una tendencia católica conservadora desde la época de la expedición en Civita-Vecchia y la intervención francesa destinada a restablecer la autoridad papal en el Vaticano y, en los hechos, contra la República romana. Con el correr del tiempo –sobre todo con los proyectos monarquistas para México²¹– y por razones de propaganda más que de convicción, esta tendencia va a emplear "argumentos" ideológicos latinos. Los representantes de esta tendencia son Napoleón III y la emperadora Eugenia (como es sabido, de origen español y católica ultramontana). Apoyándose en argumentos económicos y bajo la influencia del bonapartismo, el economista Michel Chevalier se sumará a su vez a la partida, haciendo cada vez más concesiones a las tendencias ultramontanas de entonces.

²⁰ En esta parte hemos consultado, entre otros: Francois Furet, *La Révolution*. Vol. II, *Terminer la Révolution 1814-1880*, París, Hachette, 1988, pp. 211-391; *La gauche et la Révolution au milieu du XIX siècle*, París, Hachette, 1986 (introducción, pp. 29-51); Karl Marx, *Las luchas de clases en Francia: 1848-1850*, París, Ediciones Sociales – Messidor, 1984 y *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, París, Ediciones Sociales, 1976; Alexis de Tocqueville, *Souvenirs* (prefacio de Fernand Braudel), París, Gallimard, 1978.

²¹ Éstos se concretan desde la mitad de 1856 a partir de la actuación, mantenida en secreto al comienzo, de Gabriac (representante de Francia en México), Radepont y los monarquistas mejicanos Gutiérrez de Estrada, Hidalgo y Almonte: Cfr. en ese sentido *Versión francesa de México, Informes diplomáticos*. 1853-1862, 2 vol., México, 1963-1964, y Nancy N. Barker, *The French Experience in Mexico*. 1821-1861, 1979.

Ardao y Rojas, apoyándose en la introducción a sus *Cartas sobre América del Norte* (1836, cuatro ediciones hasta 1844) han presentado a Chevalier como el principal ideólogo del panlatinismo. Conocemos los argumentos pro-latinos de carácter racista que éste empleará más tarde para justificar, en parte, la intervención francesa en México (1862). Pero lo que nos interesa aquí es lo que escribe y difunde en el intertanto, hasta 1856. En ese sentido, es ilustrativo seguir tanto la evolución como los ritmos de su producción. Consideremos algunos de los textos de ese entonces, especialmente *Historia y descripción de las vías de comunicación en los Estados Unidos y las obras de arte que las acompañan* (1840): no hay temor por su expansión hacia el oeste desde el Mississippi y de los Grandes Lagos hasta la costa del Pacífico, sino más bien satisfacción, ya que finalmente esas “hermosas comarcas” no estarán ocupadas por “algunas miserables tribus salvajes” sino “fecundadas por una población blanca, y atravesada por rutas, canales y vías férreas”. Perspectiva san-simoniana “blanca” más que latina, ya que la “civilización occidental” de origen cristiano se extiende desde los más lejanos contrafuertes de Rusia hasta los Estados Unidos, dirá en su escrito sobre el *Progreso* (1851). Reconsidera así (ila necesidad de orden que precede al golpe de Estado obliga!) sus ideas políticas de 1836 respecto a las civilizaciones latina, eslava y sajona, ampliamente generalizadas después de la derrota de Napoleón. Finalmente, en *El istmo de Panamá* (1844) –texto de estilo san-simoniano que pudo llamar algo más de atención de nuestros primeros “latino”-americanos, pues trataba de la construcción del canal de pasada entre el Pacífico y el Atlántico en América central– Chevalier invoca la vocación industrial, “tutelar” y “dominadora” de la “raza europea” para llevar a cabo esta tarea (ila relativa debilidad de Francia lo impone!):

Por otra parte, no vemos por qué los gobiernos de esos dos países [Francia e Inglaterra] no se asociarían entre ellos y con los Estados Unidos para realizar esa obra, para ejecutarla ellos mismos después de acuciosos estudios. Europa, o mejor dicho, la raza europea, puesto que es ella la que puebla a la vez el nuevo continente, se encuentra inmersa en un movimiento de expansión en virtud del cual el planeta entero parece que debiera encontrarse pronto regida por su ley. Europa desea ser soberana del mundo; pero desea hacerlo con magnanimidad, con el fin de conducir a los demás hombres al nivel de sus propios hijos. No hay nada más natural que derribar las barreras que detienen su impulso dominador, sus planes de civilización tutelar.²²

Así, las manifestaciones públicas del panlatinismo de Chevalier refluyen en los años 1840 y 1850. Chevalier las pone al día cuando Francia consolida su posición económica e internacional después de su victoria en la guerra de Crimea, así como con los proyectos monarquistas de intervención en México, aunque, en el fondo, contradice sus proyectos san-simonianos.²³

Ni los negocios de la burguesía financiera e industrial francesa, ni las necesidades del imperialismo francés pueden contentarse con discursos. Pero esos discursos pueden servir de trampa o de consuelo para ciertos iberoamericanos. Esos objetivos coinciden sin duda mejor con los propósitos monarquistas de los mejicanos Gutiérrez de Estrada, Hidalgo y Lucas Alaman (muerto, ciertamente, en 1853, pero quien sigue siendo su principal inspirador). Y es bajo el efecto de esos discursos, bajo la influencia de ciertas personalidades de ese medio y bañada en esas aguas que se forma y evoluciona la "latinidad" (más persistente que la de Bilbao) del colombiano José María Torres Caicedo.

b) Oponiéndose a la corriente precedente, pero compartiendo con ésta ciertas premisas que van a acelerar, finalmente, sus debilidades y su asfixia "in vitro", se encuentra una fracción de la izquierda francesa y europea agrupada en torno al padre Félicité

²² Véase p. 170 y sig.

²³ La ideología sigue caminos inimaginables. La vuelta al panlatinismo de Chevalier proviene, entre otras cosas, de la orientación más bien monetarista de su pensamiento económico: imagina una caída del precio del oro –después de los descubrimientos en California– y tiene la esperanza de una mejoría relativa del de la plata. Cfr. *Métaux précieux et Monnaie*, 1853, pp. 53-55. Francia podría así beneficiarse gracias a la intervención en México y el control de las minas de plata de Sonora, por ejemplo.

de Lamennais. En efecto, hacia 1851, algunos círculos intelectuales y revolucionarios de París, Roma y Madrid hacen suyo el argumento de la latinidad para unificar, a nivel europeo, sus proyectos republicanos. Todos ellos habían condenado la expedición francesa a favor de Pío IX y defendido la República romana. Los republicanos y la mayor parte de los socialistas "utópicos" eran contrarios a la evolución autoritaria de Luis Bonaparte. Todos tenían aún la esperanza, que compartían con la mayor parte de los partidarios de la tercera corriente, de ver jugar un rol revolucionario a Francia: su esperanza se apoyaba en las elecciones que normalmente habrían tenido que tener lugar el 2 de mayo de 1852. Sin embargo, a pesar de la mejoría de la situación económica nacional, ni el partido del orden extraparlamentario, ni la burguesía manufacturera francesa, ni las bolsas europeas, deseaban que eso ocurriera, por temor a una segunda revolución. Con el golpe de Estado, ahogaron la esperanza de la segunda y la tercera corriente. Pero volvamos al pensamiento latino de la segunda corriente, desde una perspectiva sintética de su eje principal.

A pesar de haber roto con el ultramontanismo a causa de su defensa de la libertad de culto (separación de la Iglesia y el Estado), Lamennais sigue estando comprometido con la "civilización cristiana":

El prodigioso poder civilizador del que se encuentra dotado [el cristianismo], poder que nadie hoy en día contesta, lo confirma aún más; de manera que, incluso si dejamos de lado la fe, es preciso optar entre estas dos hipótesis: O el mundo desaparece a causa de la barbarie, o se hace cristiano (escribe en *Des Maux de l'Église*, 1831).²⁴

Pero no se trata aquí de una apertura "imparcial" y múltiple: a pesar de las apariencias, el catolicismo y también el protestantismo son excluidos de la "buena civilización":

²⁴ *Oeuvres Completes* vol. VI, Geneve, Slaktine Reprints, 1981, p. 206.

Nosotros hemos explicado por qué –decía en *Affaires de Rome* (1836)– mostrando en un futuro inevitable y cercano a nosotros el cristianismo y Roma; por una parte, el pontificado, por el otro, la raza humana: eso habla por sí solo... Tampoco será nada que se parezca al protestantismo, sistema espurio, inconsecuente, estrecho, que, bajo una engañosa apariencia de libertad, se traduce en las naciones por un despotismo brutal de la fuerza, y en los individuos en el egoísmo.²⁵

En ese sentido, Lamennais va a convertirse en lo que Mazzini llama con razón el representante del “catolicismo social”. Entre los amigos del abate se cuentan por entonces reconocidos intelectuales franceses, como Jules Michelet, Edgar Quinet o George Sand.

En torno a Lamennais y por iniciativa suya se constituye, en el transcurso del verano de 1851, un “Comité Democrático Francés, Español-Italiano”, más conocido bajo el nombre de Comité Latino de París. Este comité, gracias a la personalidad de Lamennais, cuenta, desde un comienzo, con el sostén, entre otros, de Víctor Schoelcher, Joly y Mathieu (de la Drome), miembros de la Montaña en el parlamento; y, aparte de los franceses, con la adhesión de ciertas figuras del *Risorgimento* italiano, como Giuseppe Montanelli, Giuseppe Ferrari y Enrico Cernuschi; algunos miembros de la democracia republicana española, como un enviado a París llamado Navarra; y algunos demócratas rumanos entre otros. En sus inicios, el comité se constituyó para “incentivar el desarrollo de la democracia en España”.²⁶

El nacimiento de ese comité y los principios sobre los cuales se funda marcan una ruptura con otro órgano, de tendencia más universalista, que, desde el año precedente, actuaba ya en Londres y en toda Europa: el “Comité Central Democrático Europeo” (sobre el que volveremos luego). El manifiesto del Comité Latino de París, publicado en *Le National*, uno de los órganos de la burguesía republicana “socialista”, que desaparecerá con el golpe de Estado de 1851, subraya la necesidad de reagrupar antes que nada a los pueblos europeos más comprometidos con la “civilización” espiritual y los menos

²⁵ Ibid, pp. 302-303.

²⁶ *Le National*, París, 3 de julio 1851.

materialistas: los pueblos hijos de la Roma cristiana. Caen así en una contradicción al establecer su punto de partida en un terreno mal delimitado, ya que se había visto que en París, Nápoles y Madrid, los poderes constituidos de esos pueblos acababan de actuar, manifiestamente, con la expedición francesa, para mantener la "civilización" católica latina. Ciertamente, Lamennais y sus cercanos hablan de la unidad de los pueblos, para subrayar sus diferencias con esos poderes constituidos y sus actuaciones. Pero la perspectiva cultural o étnica de ese comité va a servir a las tendencias conservadoras en Europa, puesto que en un momento crítico siembra mayor confusión y el conflicto al interior del movimiento republicano europeo. Así, contra la idea de una "confederación general", irrealizable según ellos en lo inmediato, proponen comenzar por un "núcleo" de pueblos latinos:

Por su posición geográfica y sus afinidades de origen, cultura, ideas, lengua e intereses, las naciones latinas, Francia, Italia, España, parecen ser los elementos naturales de ese núcleo central en torno al que lleguen a agruparse elementos nuevos.²⁷

Más allá del sentido místico y social, mezcla de puritanismo y de doctrina positivista (en el estilo comteano), que el comité de Lamennais quiere conferir a la actitud religiosa del hombre, podemos ver cómo se resume el programa que propone realizar:

En política, entonces, República; en economía, socialismo... [y condiciones de vida ejercidas en libertad, igualdad, y fraternidad] bajo tres formas generales, llamadas religión, familia y propiedad.²⁸

Con esos principios teóricos "republicano socialistas", el Comité Latino de París no parece realmente en ruptura con aquellos de los conservadores. La defensa de la propiedad, de la familia y de la religión eran justamente, nos dice Marx, "el programa

²⁷ *Le National*, París, 17 de agosto, 1851, p. 1.

²⁸ *Ibid.*, p. 2.

electoral" del partido del orden durante las elecciones de junio de 1849, añadiéndole, por supuesto, "el orden"! De Romieu a Chevalier, pasando por Tocqueville, y con el pretexto de combatir la anarquía con las mismas exigencias de orden, ese partido reclamaba un poder fuerte, el bonapartismo en resumidas cuentas, apuntando, "como bajo invernadero", a dejar manos libres a la burguesía francesa en sus empresas de consolidación y expansión.

Como decíamos, el Comité Latino de París desaparece con el golpe de Estado de Luis Bonaparte. Comprendiendo quizás la influencia de ese golpe de Estado en la Europa mediterránea, el padre Lamennais parece entonces centrar sus esperanzas panlatinas en América. Propicia la formación de un bloque "espiritual" latino para hacer frente al bloque "inferior" y "egoísta" sajón. Leamos in extenso un párrafo de la carta que dirige a una francesa residente en Nueva Orleans:

La joven América y sus *destinos manifiestos* no parecen [compartir] el mismo origen y destino que la joven Francia, la joven Italia, la joven Alemania, que el tiempo ha enterrado sin mucho ruido, considerando la rapidez con que han envejecido. La idea, en lo que tiene de generoso, pero al mismo tiempo, de políticamente impracticable, no ha podido ser, en el país que ustedes viven, más que una idea importada de afuera, y que jamás se convertirá en nacional. La raza sajona, en sus tres expresiones (alemana, inglesa, americana) posee su genio propio, y sus propias funciones en el desarrollo universal. Inferior a las razas del Mediodía, depositarias de los fecundos principios de la verdadera civilización totalmente espiritual, ella se encarga de los trabajos pesados de la familia humana, de desbrozar, de fabricar, de transportar, de manipular la materia, con una energía proporcional a la pasión por las ganancias, el único objetivo final que se propone, objetivo necesariamente egoísta. Dura e invasiva, rebajaría al mundo entero a su nivel y haría del género humano una especie de gran molusco, si la Providencia no hubiese dispuesto un contrapeso con otras razas, relativamente ociosas en apariencia, ya que, en cuanto su actividad se desarrolla en una esfera más alta, son el instrumento predestinado del progreso intelectual y moral. De esos dos tipos de funciones diversas, indispensables la una y la otra para la vida humana, resulta un antagonismo, cuya expresión geográfica en América será la atribución de una mitad de ese vasto continente,

desde los límites boreales al istmo de Panamá, para la raza sajona, y la otra mitad para la raza latina, es decir, española, portuguesa, italiana y francesa, pueblos hermanos cuya íntima fusión ya ha comenzado a realizarse en las riveras de La Plata y en el mismo Brasil. En ese sentido es que decía yo que el conflicto entre esos dos elementos de la sociedad futura tendría lugar en el Golfo de México. Sería conveniente pensar en ello a tiempo.²⁹

Así, la noción de ciudadanía es sepultada por esta referencia cultural latina, referencia que en Lamennais proviene directamente de una nostalgia de la fase pre-industrial y pre-capitalista que se encuentra en vías de desaparición. Es en ese molde latino de Lamennais que el chileno Francisco Bilbao formulará, rápidamente, la "latinidad" de su continente.

²⁹ Cfr. carta a madame Ligéret de Chazey, de 10 de julio 1853, en *Correspondance Générale*, Vol. VIII, 1841-1854, París, Colin, 1981, pp. 815-816. Véase también la carta del 4 de abril del mismo año, en *ibid*, p. 810, por la importancia del Golfo de México como punto de confrontación de "las dos razas".

³⁰ Para conocer algunos de los documentos del Comité Central Europeo y su actividad hasta agosto de 1851 es posible leer los documentos que el prefecto de policía de París dirigía por entonces al ministro de justicia como prueba de un supuesto "complot europeo". Esos documentos –junto al informe en cuestión– fueron publicados por Georges Bourgin en su artículo "Mazzini y el Comité Central Democrático en 1851", en *Il Risorgimento Italiano. Rivista storica*. Torino, VI, fasc. 2, 1913, pp. 355-369.

c) La tercera corriente, que no aparece aquí sino como un revelador, y al que se emparenta, en principio, la segunda, igualmente republicana, es la de el Comité Central Democrático Europeo de Londres.

Constituido formalmente en junio de 1851 en torno de los refugiados italianos, franceses, alemanes y polacos que habían participado a la oleada republicana y revolucionaria de 1848, ese Comité Central estaba dirigido por Mazzini, Ledru-Rollin, Ruge y Darasz. Por sus principios, ese movimiento se ubica en una lógica opuesta a la que establecen las potencias europeas. Son, de algún modo, los herederos de ese movimiento revolucionario. No reivindicar referentes de identidad cultural o dinástica, sino el principio de una "República universal" que, para emplear los términos de Mazzini, haría frente al egoísmo "de las razas reales y de las aristocracias conquistadoras".³⁰ Es cierto que son favorables a la constitución de Estados nacionales republicanos, como en Alemania o en Italia, no en un marco pan-nacional (pananglicismo, pangermanismo, o panlatinismo), sino en un marco, digamos, ciudadano y geográfico (de cierta manera

opuesto a la autocracia zarista y a la monarquía austríaca), e incorporados en lo que serían los "Estados Unidos de Europa". Reaccionando al Manifiesto del Comité Latino de París, preguntan: "¿Por qué separar a Europa en dos campos? La división lleva a la hostilidad, idesgraciados los que lo olvidan!".³¹ En la América ibérica la actitud de principio del Comité de Ledru-Rollin y Mazzini tendrá un decidido eco por lo menos en México, en *El Monitor Republicano*, así como en los diarios franceses *L'Indépendent* y *Le Trait d'Union*. Como lo muestra un informe del representante del Segundo Imperio en México a fines de 1856, para esos periódicos los puntos de apoyo de las tendencias en conflicto en México eran claros: "Estados Unidos+México=república", "Francia+Inglaterra+España=monarquía".³²

Esta pista tendrá una contraparte, menos conocida entonces, en la Liga de los Comunistas de Marx y Engels que tiene su sede en Londres. Ésta proclama, como el Comité de Mazzini y Ledru-Rollin, el derecho de los pueblos oprimidos o fragmentados, como los de Alemania o de Polonia, a constituirse en naciones. La Liga, a pesar de la debilidad del proletariado de entonces, subrayada en el caso francés por Francois Furet, espera ver crecer un principio nuevo y más radical: el internacionalismo proletario contrario a la gran propiedad burguesa, internacionalismo que mira sin temor la expansión de la sociedad industrial. Lo que es interesante subrayar aquí, es que esta tercera corriente no parece haber sido tomada en cuenta por Torres Caicedo o Bilbao, que se encontraban en Europa –en París, antes que en Londres– cuando formularon la "latinidad" de su América. ¡Y con razón!

¿Qué tipo de problemas tenían que resolver en sus sociedades y que tipo de renovación venían a buscar? Quizás esta sea la pregunta de fondo que debemos plantear para comprender su actitud y su época, como también para encontrar los límites o las "orejas" que éstos portan, quizás de manera inconsciente. Para responder a esta

³¹ *La voix du proscrit*, París, 20 de agosto 1851.

³² Cfr. El informe de Gabriac del 27 de noviembre 1856, en *Versión francesa de México*, *ibid.*, vol. I, p. 368.

cuestión es útil ver las sociedades americanas de las que provienen, en gran parte por sus preocupaciones, sus intereses y sus perspectivas.

Contextos americanos

Es necesario, para comprender mejor la posición de Francisco Bilbao y de Torres Caicedo respecto a los problemas latinoamericanos, alcanzar una visión global de éstos en torno al año 1850. Pondremos el acento, ciertamente, en lo que ocurría en su América. Lo que permitirá, finalmente, relativizar la validez del nombre América "Latina".³³

América entra por entonces en una nueva fase de su historia. Halperin Donghi nos dice que se trata, para América Latina, de una fase de transición que dura un cuarto de siglo. Los Estados Unidos se desarrollan con fuerza y agresividad, mientras las repúblicas situadas más al sur lo hacen antes que nada bajo la presión o las exigencias de las metrópolis nuevas para esa región, especialmente Inglaterra y los Estados Unidos. Lo mismo ocurre con el Brasil imperial y la Cuba colonial, los dos grandes mercados de esclavos africanos en esa época.

Podemos ver a los Estados Unidos, nuevos actores, extender su territorio hacia el oeste, hasta el Pacífico, y hacia el sur, a costa de los territorios indígenas y de la mitad de los territorios de la República mexicana, perdidos o vendidos en menos de diez años.

Es cierto que los Estados Unidos, bajo el peso creciente de los Estados esclavistas del sur y la expansión del territorio nacional, conocen por entonces el riesgo de la división entre el sur agrícola y el norte industrial. Pero la victoria del norte en la guerra de Secesión aleja ese riesgo en el decenio siguiente. Más al sur, en las repúblicas hispanoamericanas, perdura el fraccionamiento en Estados mal delimitados y difíciles de

³³ En esta sección hemos consultado, entre otros, las obras de Celso Furtado, *Politique économique de l'Amérique latine*, Paris, Sirey, 1970; Pierre Chaunu, *L'Amérique et les Amériques*, Paris, A. Colin, 1964; Tulio Halperin Donghi, *Histoire contemporaine de l'Amérique latine*, Paris, Payot, 1970; y *The Cambridge History of Latin America*, Cambridge, 1986-1987, vol. V y VI.

distinguir y la difícil salida de guerras intestinas. Con la complicidad de grupos locales y bajo la presión de Inglaterra y sus disputas de influencia con los Estados Unidos, la fragmentación de la Unión Centroamericana en cinco repúblicas (Costa Rica, Guatemala, Honduras, Nicaragua y El Salvador) parece durar. América central se convierte en el lugar de confrontación de estas dos potencias: mientras los Estados Unidos se muestran interesados en la construcción de un paso entre los dos océanos, Inglaterra centra su atención en las materias primas agrícolas y mineras.

El expansionismo de los Estados Unidos, que se traduce, entre otras cosas, por la intervención del filibustero Walker en Nicaragua (1855-56), la ocupación de las islas Lobos en Perú y los intentos de invasión a Cuba (1851-52), van a reactivar con urgencia la necesidad de unidad y confederación en las repúblicas del sur. Sin embargo, los esfuerzos en ese sentido, conferencias de Lima (1847-48), Santiago de Chile y Washington (1856), tal como ocurrió con el Congreso de Panamá, no son ratificados por los gobiernos respectivos. Las rivalidades económicas y territoriales y su inestabilidad constituyen el freno principal. Esos proyectos obedecen aún a la lógica de las rivalidades entre España y Portugal, y asumen un perfil más bien político que geopolítico: a pesar de la propuesta de Chile en 1843, no toman en cuenta al Brasil. A pesar de la común identificación con la Santa Sede ("En nombre de la Santa Trinidad", se podía leer en el encabezado de los tres proyectos), los dirigentes de esos países se encuentran, en lo cotidiano, más bien preocupados de Londres, Nueva York o París que de las otras capitales de la región. Finalmente, mientras la América capitalista del norte se extiende hacia el centro y el Pacífico y se concentra en sí misma, la del sur sigue centrada en el Atlántico, sin eje interno. Más tarde, las importantes migraciones hacia el sur brasileño y la cuenca de La Plata y su interior no harán más que acentuar esa tendencia.

En efecto, junto a la economía industrial norteamericana, las de Inglaterra y la de Francia, con soportes financieros y medios de transporte marítimos y terrestres más rápidos y poderosos, tejen redes acomodándose y aprovechando esta situación, y a veces, incluso, imponiéndose. Ningún Estado iberoamericano dispone de una marina mercante importante y, como constataba Henry Hauser en relación al Brasil, en los *Annales*, hace sesenta años³⁴, contrariamente a la ilusión de las "influencias", ningún proyecto "civilizador" o "sansimoniano" local instala o instalará una red integrada de vías de comunicación en la región.

Hacia 1850, el descubrimiento de oro en California y Australia estimula, momentáneamente, la vida económica del lado del Pacífico —especialmente gracias a la exportación de trigo chileno. Los primeros ferrocarriles son construidos para conducir hacia el extranjero las materias primas agrícolas o de mineral, generalmente con capitales ingleses, sea en Chile, Perú o Brasil. Es el comienzo del funcionamiento del ferrocarril, construido y utilizado desde 1855 por iniciativa de los norteamericanos y para servir a sus intereses, es decir, por ejemplo, para atravesar el istmo de Panamá (separatista a veces, pero siempre parte integrante de la República de Nueva Granada) para el transporte de hombres y productos hacia California. Se abre a la vez la libre navegación en el Magdalena, en los ríos de la cuenca de La Plata (el Paraná y el Uruguay desde 1852), favoreciendo sobre todo a los ingleses y franceses), en el Alto Amazonas (concedida por el Perú a los Estados Unidos en 1853) y el Bajo Amazonas (por una flota de la casa Mauá —asociada a la casa inglesa Carruthers). Todas esas transformaciones están destinadas a favorecer el transporte de azúcar y de metales preciosos, pero sobre todo de otros productos cada vez más solicitados en Londres o Nueva York —más que en París—: guano, trigo, café, algodón, pieles, cobre y minerales de hierro.

³⁴ "Un problema de influencias: el sansimonismo en Brasil", en *Annales d'histoire économique et sociale*, Paris, IX année, n° 43, enero, 1937, pp. 1-7.

³⁵ En esta breve lectura de la vida y obra de Francisco Bilbao nos hemos servido, aparte de el capítulo "Bilbao y el hallazgo de América Latina", del libro de Rojas Mix, *Los cien nombres...*, ibid, pp. 343-356, así como de Alberto José Varona, *Francisco Bilbao. Revolucionario de América*, Buenos Aires, Excelsior, 1973, útil para conocer la actividad periodística del chileno entre 1857 y 1960, de las obras de Francisco Bilbao, *Evangelio Americano* (una antología de textos realizada por Alejandro Witker), Caracas, Ayacucho, 1988; *Lammennais como representante del dualismo de la civilización moderna*, París, 1856; *Obras Completas de Francisco Bilbao* (editadas por su hermano Manuel con la "Vida de Francisco Bilbao"), Buenos Aires, Imprenta de Buenos Aires, 1866, 2 vols.; y la interesante tesis de Cristián Gazmuri sobre el otro gran igualitario chileno, *Santiago Arcos, un quarante-huitard chilien*, Université de Paris I, París, 1988.

Respecto a José María Torres Caicedo, aparte del libro de Arturo Ardao, se puede consultar su biografía, realizada por Paul Pradier-Fodere, *Portraits diplomatiques: Torres Caicedo*, París, Martinet, 1872, 45 p.; las obras de Torres Caicedo: *Ensayos Biográficos... hispanoamericanos*, París, 1863, 3 vols. (en especial el capítulo elogioso sobre Julio Arboleda, uno de los hombres más poderosos de su país); *Unión latino-americana*, París, Baudry, 1868, 2 tomos, (con algunos textos periodísticos de *El correo de Ultramar* datados en 1858); *Mis ideas y mis principios*, París, Imprenta nueva, 1875, 3 vols. Preparamos actualmente un estudio más completo sobre estos dos sudamericanos.

En ese contexto general, es lógico ver aparecer cada vez con más fuerza, en las clases dirigentes de los países del sur, dos corrientes: una inspirada por conductas de adaptación, de mimetismo, de "imitación", la otra por sensación de temor hacia la "civilización materialista y sajona". La primera corriente propone y realiza a veces (en el cono sur y en el Brasil monárquico y liberal) sus programas de "progreso" (inmigración y ferrocarriles) y pre-socio darwinianos, para ellos un verdadero cambio, violento o gradual, en relación al pasado colonial (así la propuesta, por ejemplo, de *las Bases y puntos de partida para la organización de la República Argentina* de J. B. Alberdi, 1852). Las actitudes temerosas son el origen de la segunda corriente, representadas aquí por Francisco Bilbao y por Torres Caicedo.

El nombre de "América Latina" y las diferencias entre Bilbao y Torres Caicedo.³⁵

Nos encontramos en situación de apreciar mejor el rol funcional, pasivo y secundario de nuestros dos sudamericanos en el nacimiento de este nombre. Hemos visto, en efecto, que las concepciones "latinas" de la Otra América, partiendo de la oposición sajón-latino, remitían ya sea al pensamiento de Lamennais o al de los bonapartistas como Hugelmann o Chevalier, y que la América ibérica, que vivía ya bajo la hegemonía de las potencias internacionales sajonas, se encontraba más que nunca preparada para acoger sus concepciones, en especial de la tendencia defensiva y sin gran iniciativa que se encontraba presente en sus intelectuales. Pero, antes que nada, subrayemos algunas diferencias de la vida y el itinerario de Bilbao y Torres Caicedo.

El colombiano José María Torres Caicedo (1830-1889) y el chileno Francisco Bilbao (1823-1865) poseían diferente temperamento, el primero preferirá la calma de

la vida diplomática parisina, cercana al poder; el segundo, por un misticismo social casi religioso, se inclinaba por la agitación política y la vida aventurada. El primero obtendrá condecoraciones francesas, el segundo el elogio de Quinet y de Michelet y las críticas de Sarmiento. El primero vivirá con esperanza, pasión e ilusiones el bonapartismo ya que quiso ver en éste un sostén para los Estados hispano-americanos contra la expansión de Estados Unidos. El segundo vivió con entusiasmo las revoluciones de 1848 en Francia y en Europa y querrá reproducirlas en Chile, creando con Santiago Arcos y ciertos liberales la *Sociedad de la Igualdad* (1850) en Santiago. Torres Caicedo ha sido prácticamente olvidado, con la excepción de los trabajos especializados de Ardao y del colombiano Rivadeneira Vargas.³⁶ Bilbao, extraño símbolo de la libertad, rompe de tiempo en tiempo el olvido y no solamente en Chile. Bilbao formula la expresión "América... latina" y el adjetivo "latinoamericano" como consecuencia lógica de la influencia ejercida sobre él por su maestro francés, Felicité de Lamennais.

Como hemos visto, éste último predicará hasta el fin de sus días a favor de un frente "latino" en cuanto fuente de espiritualidad, oponiéndolo a las "fuerzas ciegas de la materia" de la "raza anglosajona". Es Lamennais el que pretende hacer de esta oposición el principio que oriente la obra y la acción de Bilbao en América, como también es él quien, por intermedio de una carta fechada en los primeros días de diciembre de 1853, propondrá a su discípulo, junto al "catolicismo social", su nueva visión y le insta a actuar para levantar "un contrapeso" latino en ese continente:

³⁶ Rivadeneira Vargas, *El bogotano José María Torres Caicedo, 1830-1889: la multipatria americana*, Bogotá, academia colombiana de historia – Alcaldía Mayor de Bogotá, 1989.

Tenga por seguro que no hay nada que esperar de la América española mientras ésta siga sometida a un clero imbuido de las más detestables doctrinas, de una ignorancia sin límites, corrompido y corruptor. La Providencia la ha destinado a formar el contrapeso de la raza anglosajona, que representa y representará siempre a las fuerzas ciegas de la materia en el Nuevo Mundo. Esta bella misión, sólo la podrá cumplir desprendiéndose de los lazos de la teocracia, uniéndose y confundiendo con las otras dos naciones

latinas, la nación italiana y la nación francesa [notemos, al mismo tiempo, que Lamennais se abstiene de nombrar a las naciones española, brasilera y portuguesa, por entonces bajo gobiernos monárquicos, sin duda para no herir la sensibilidad republicana de Bilbao]. Usted puede apreciar, en el pequeño folleto que acompaña a esta carta, cómo ha comenzado a realizarse esta unión. Ella responde a la naturaleza, a la necesidad, por ello se realizará. Trabaje en esta obra, y que Dios bendiga vuestros esfuerzos.³⁷

³⁷ Cfr. la carta del 5 de diciembre de 1853, en Lamennais, *Correspondance Générale*, ibid, p. 829, y Bilbao, *Lamennais como representante del dualismo de la civilización moderna*, ibid, pp. 55-56. Según Frank Macdonald Spindler, ("Francisco Bilbao, Chilean disciple of Lamennais", en *Journal of the History of Ideas*, Temple University, Philadelphia, 1980, vol. 41, N° 3, pp. 492-493), el pequeño folleto mencionado sería el Manifiesto del Comité Latino de París que hemos mencionado anteriormente.

³⁸ Este texto ha sido reeditado, entre otros, por el Centro de Estudios Latinoamericanos dirigido por Leopoldo Zea como el n° 3 de la serie *Latinoamérica. Cuadernos de Cultura latinoamericana*, México, UNAM (probablemente a fines de los años 1970).

³⁹ Cfr. sobre la difusión de esta percepción geopolítica en Francia, el libro de Panick citado anteriormente. Esta percepción se funda en la situación europea posterior al fracaso del ejército napoleónico y en la expansión territorial que habían emprendido, en los años 1840 y 1850, los Estados Unidos hacia el oeste y Rusia hacia el este.

Antes de la recepción de esta carta, no se encuentra en Bilbao la oposición sajón/latino como principio de acción. Era "igualitario", espiritualista y un puente lo unía a la civilización sajona: su espíritu casi puritano de libertad. Es después de la recepción de esta carta que encontramos en sus escritos algunas referencias al problema de las diferencias y oposiciones entre las civilizaciones sajona y latina. En especial en su *Mensaje del proscrito a la nación chilena* (1854).

Dos años más tarde, Bilbao vuelve sobre este problema en su conferencia en París *Iniciativa de la América. Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas*³⁸ empleando entonces las fórmulas hoy día consagradas. Recordemos que en ese momento el gobierno de Estados Unidos acababa de reconocer la legitimidad del gobierno del filibustero Walker en Nicaragua.

Durante su conferencia, Bilbao parte del supuesto, por entonces bastante difundido en Europa, de la existencia de dos razas y culturas que pretenden dominar el mundo, la anglosajona y la eslava, con sus "pan ideologías" y sus respectivas filosofías, la individualista y la autoritaria.³⁹ Constata con dolor que el poder y el progreso material, en particular en Europa, tienden a construir "un mausoleo de la personalidad", haciendo caso omiso de la ciudadanía. Bilbao adopta los puntos de vista sostenidos por Lamennais (espiritualista) y Quinet (sobre todo en lo que concierne la idea de República). Siguiendo el consejo de éste último, dirige su atención hacia la América republicana en su conjunto, buscando en ella una esperanza. No obstante, no deja de

advertir, en esta misma América "sajona, indígena y latina", un peligro que pone en peligro la "raza Latino-americana": el individualismo narcisista del *yankee* sería una amenaza que se cierne sobre las razas americana y latina, a las que hay que proteger. Para lograrlo, es necesario desarrollar la república, constituir "por sobre las pequeñeces nacionales, una Confederación del sur", incorporando los elementos vitales que contiene "la civilización del norte": el *self government*, la libertad de conciencia y de religión, la industria y la colonización, nos dirá Bilbao. Pero también promover la "incorporación de las razas primitivas" –ya que "debemos dar cuenta a la Providencia de la suerte de las razas indígenas"– y preservar la sociabilidad y la espiritualidad consustanciales al ser humano. En esos argumentos, Bilbao se inspira nuevamente en Quinet y, ante todo, en Lamennais.

En una América hispánica que tiene dificultades para encontrar estabilidad política, el llamado a la unidad de Bilbao es de la misma naturaleza que el abortado proyecto de Confederación que firmarían en Washington algunos meses más tarde los plenipotenciarios de las repúblicas del sur.⁴⁰ Los dos proyectos tienen las mismas obsesiones y se enfrentan a dificultades insuperables. Sin embargo, había en Bilbao dos actitudes de principio y una experiencia que le impedirían convertirse en un promotor persistente de la expresión "latino-americano", como fue el caso con Torres Caicedo: su odio tanto contra el poder y la influencia de la Iglesia católica como contra la monarquía española y la actitud anti-republicana de la Francia latina contra la República romana.

En cuanto a Torres Caicedo, es evidente que la oposición sajón/latino hace eco a puntos de vista personales. En efecto, uno de sus artículos publicado en *El Correo de Ultramar* de París, a fines de diciembre de 1853, nos ofrece algunas pistas para comprender su pensamiento. Para él, la expansión rusa es una amenaza para la estabilidad de Europa. Felizmente, las potencias del Oeste han reaccionado a favor de la

⁴⁰ Cfr. el texto de este tratado "no ratificado por los signatarios", en Germán Cavalier, *Historia diplomática de Colombia, Textos*, vol. II: 1830-1860, Bogotá, Kelly, 1981, pp. 250-253.

Turquía amenazada. Pero en América, la otra fuerza, la de raza inglesa, amenaza a las Repúblicas hispánicas bajo pretexto de "progreso de la civilización", sin respetar algo que para él es fundamental: "el desarrollo de la moralidad" del hombre. Por esa razón, se opone a los proyectos de unificación de esas "dos razas contrarias y de las múltiples nacionalidades existentes" y propone más bien que Colombia y otras repúblicas hispano-americanas se unan y actúen como acaba de hacerlo Europa ante Rusia. Pide el apoyo de Inglaterra y Francia. En esta última idea se puede notar, en el plano general, la influencia de Napoleón III y sus escritores. Como también en la cuestión de las "dos razas contrarias" en América.

No sorprende que Torres Caicedo insista en esa misma línea de pensamiento "latino"⁴¹, incluso durante la intervención francesa en México: conservador, deja su país en 1851 luego de los enfrentamientos entre "liberales" y "conservadores", cuando los liberales se encuentran en el poder en Bogotá.

Recapitulemos: es Bilbao, antes que Torres Caicedo, quien proporciona un alcance republicano a su compromiso. Por esa razón, y delante la política pro monárquica de la Francia bonapartista, Bilbao cesa de emplear la expresión "América latina" después de 1856. En ese nivel, y a diferencia de Torres Caicedo, Bilbao se muestra mucho más crítico y desconfiado hacia la Europa de los años 1850. Pero se mantiene aún en la lógica republicana formal, presente desde Bolívar entre los jefes políticos de la América hispana criolla. Torres Caicedo, más que Bilbao, en cuanto católico y "anti-rojo", continúa utilizando y difundiendo la expresión, y de manera sistemática, desde 1860, con la aprobación de la Francia bonapartista. Se transforma, en cierta manera, en el propagandista de la política panlatina de la Francia imperial en América.

De todas formas, y a pesar de las diferencias, ambos coinciden en 1856 por su común adhesión a cierta latinidad o espiritualidad que proviene de Roma, en el momento

⁴¹ Véase, sobre este problema, especialmente, *Unión latino-americana*, París, 1865, así como los capítulos del libro de Arturo Ardao consagrados al estudio del pensamiento de Torres Caicedo.

de la formulación del nominal "latino" para la Otra América. Por esa razón, en el caso que estudiamos aquí, Bilbao y Torres Caicedo forman parte en América de la corriente conservadora, replegada sobre sí misma. Se encuentran en la trampa que preparaban ya las fuerzas conservadoras en Francia y Europa para el otro borde del Atlántico.

Propuestas y realidades de la Otra América.

En la región del Río de la Plata, la concepción estrictamente hispánica y republicana de la "raza latina" en su América se vio sobrepasada por los acontecimientos. Ciertos diplomáticos de la región comenzaron a asumir nuevas relaciones entre Estados, que tomarían en cuenta al Brasil: desde 1848, se tejieron solidaridades (no sin fisuras, ciertamente) entre Uruguay y Brasil, entre la Confederación Argentina/Buenos Aires y Brasil. Bilbao y Caicedo se encuentran desfasados en relación a esta nueva circunstancia. Eso en lo que concierne la unidad "latina" de los Estados de la región.

En Bilbao y Torres Caicedo la concepción republicana es aún la de los liberales hispano americanos pre-positivistas, eminentemente lírica. Es cierto que se puede encontrar en Bilbao elementos de filosofía y humanismo (en relación a los problemas indígenas y a la esclavitud) elaborados con urgencia y no con gran detenimiento, pero esos aspectos merecen ser tomados en cuenta con algo más de atención.

En el plano de la "raza", ciertamente no se remiten a las teorías de Gobineau, que establecen una relación entre raza "superior" y civilización. Pero eso no les impide tener una visión de lo que sea la civilización (actitud que era por entonces común a los intelectuales de las clases dirigentes de toda América). Por esa razón, y en defensa del "espíritu", van a hablar de las "dos razas" en confrontación en América y hacer

⁴² *Carta de Santiago Arcos a Francisco Bilbao*, 29 de septiembre de 1852, reproducta, entre otras, en *Utopismo Socialista* (prólogo y selección de textos de Carlos Rama), Caracas, Ayacucho, 1978. Ver pp. 143-152.

⁴³ Y citaba la observación de Émile Olivier: "Para constituir un imperio latino, hubiese sido necesario que existiesen latinos... En México había menos que en cualquier otra parte, en una población compuesta en su mayoría de indios y mestizos". Cfr. Charles Minguet, "Panlatinismo, latinidad e identidad culturales. Los efectos sobre el conocimiento del México antiguo y moderno en Francia y en Europa", en *La latinidad y su sentido en América Latina*, Simposio, ibid, pp. 26-27. Incluso un promotor francés de la expedición francesa como Radeponst estaba consciente de ello: entre los 8 millones de habitantes "no hay más de 3 millones de blancos o casi blancos, a los que se llama realmente mexicanos", escribirá en su "Proyecto para la regeneración de México" (1856). Cfr. *Versión francesa de México*, ibid, vol. I, p. 331.

⁴⁴ Cfr. el capítulo "The population of Latin America. 1850-1930", volume VI, *The Cambridge History of Latin America*, ibid, p. 122.

⁴⁵ *L'Amérique et les Amériques*, ibid, pp. 225 y 297-298.

⁴⁶ Madrid, Espasa-Calpe/Argentario. Quinto Centenario, 1992. Cfr. Vol. V, *Desarrollo e Independencia*, p. 107.

uso de la noción de "latinidad". Y en eso cometen un error, al que les había conducido Lammennais, entre otros: ambos preconizan una actitud de repliegue. Como se lo reprochara Arcos a su amigo "igualitario"⁴², hay en Bilbao y Torres Caicedo una ausencia total de análisis de las fuerzas reales en su América: ésta se reduce a una apreciación simplista entre intereses extranjeros anglosajones e intereses nacionales.

Finalmente, como recordaba Charles Minguet alrededor de 1986, refiriéndose al México de los años 1860, "la referencia a la latinidad... es un abuso manifiesto del concepto lingüístico y étnico".⁴³ Se puede afirmar lo mismo si se toma en cuenta la composición étnica del conjunto de esta América.

Redondeemos las cifras: esa parte del continente cuenta, en esa época, con 30 millones de habitantes (30.530.000 según Nicolás Sánchez Albornoz⁴⁴). Pierre Chaunu vacila entre una noción abierta o restringida de la parte indígena de esta América (abierta: toda la costa pacífica hasta México, comprendido Venezuela, 80% del total; restringida: la de las mesetas, 27% del total⁴⁵). Sus dudas no se refieren tanto a la presencia importante de población de origen "latino" como sobre el mestizaje y la influencia de aquella de origen afroamericano. En todo caso, se sabe que hay una parte de la población, de origen africano, que crece considerablemente a lo largo de la primera mitad del siglo en el lado atlántico de América (habrá que esperar a 1880 para asistir a la llegada masiva de inmigrantes europeos). En efecto, dos millones de africanos llegarán a Brasil y no contamos los que llegan a Cuba, al Caribe y las Guayanas... Por la misma razón y aún si las estimaciones para su conjunto son muy confusas y corresponden más bien a las estimaciones sobre un cuarto de siglo, podemos considerar, sin temor a subestimar la población de origen ibérico o "latina", las cifras que nos propone la *Gran Enciclopedia de España y América*⁴⁶ alrededor del año 1825:

- "Blancos": 4.339.000
- Indios: 8.190.000 (cerca a la estimación restringida de Chauu para 1850)
- "negros y castas (mestizos)": 10.214.000.

Eso quiere decir que hacia 1850, sobre el conjunto de la población de esa América, menos de 1/5 podía ser considerado, en un sentido muy amplio, étnicamente "latino". Esas cifras plantean también una interrogante hacia el futuro.

Así, si se quisiera hablar de la "latinidad" de esa región se podría hacerlo, pero [solo] en nombre (de la hegemonía) de ese quinto de población. Si existía entonces una latinidad –o una "ibericidad"– en esa América, ésta provendría del poder, de las clases dominantes.

Más allá de la demografía, en lo que concierne a la civilización, y con mucha más rigidez en esa época, la vitalidad de las culturas, de las lenguas y las tradiciones de la América no europea era omnipresente fuera de las grandes ciudades. Como siempre, era por entonces difícil para los criollos iberoamericanos encontrar en esas civilizaciones un recurso para el porvenir. Frente a la facción "modernizadora" y socio-darwiniana de Alberdi y Sarmiento, la fracción "espiritualista" y replegada sobre sí misma de la *intelligentsia* sudamericana exigirá al Estado, en el caso de Bilbao, "incorporar" a las sociedades dominadas a la civilización "latina" dominante a través de la asimilación producida por el liberalismo, y, en el caso de Torres Caicedo, de preservar el *statu quo* social establecido en las independencias.